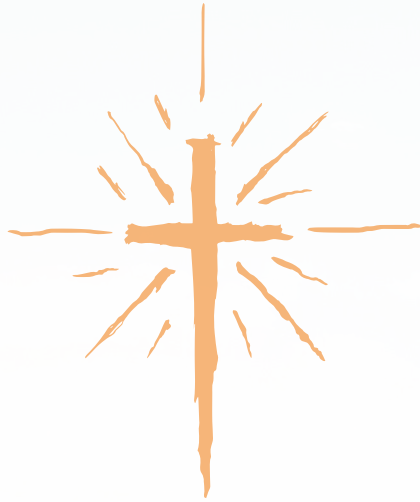


NUESTRO MOMENTO APOSTÓLICO

Mensaje cuaresmal a los fieles
de la Arquidiócesis de Denver





Queridos hermanos en Cristo:

Les dirijo este mensaje al comienzo de nuestro camino cuaresmal de oración, penitencia y limosna para reflexionar en el momento cultural en que nos encontramos, con el fin de compartir lo que considero es nuestro llamado como arquidiócesis y para invitarlos personalmente a realizar tres tareas durante esta cuaresma.

En última instancia, deseo proponerles durante este tiempo de dificultad, la única respuesta a cada pregunta y anhelo del corazón humano: Jesucristo, y este crucificado; él, que es “*el camino, la verdad y la vida*”, quien nos lleva y muestra al Padre (Jn 14: 6-7).

El final de la cristiandad

La pandemia del COVID-19, los disturbios sociales y políticos e incluso los conflictos dentro de la Iglesia nos han dejado desconcertados, preguntándonos dónde podemos obtener respuestas y encontrar alivio. La agobiante confusión y el desaliento que muchos experimentan son el resultado de estas circunstancias; no obstante, estos síntomas son indicios de algo aun más profundo.

“No estamos constatando unos cambios cualesquiera. Esta vez lo que cambia es una época”.¹ En esta frase, el Papa Francisco resume de modo adecuado nuestro contexto histórico actual. La Iglesia siempre se ha enfrentado con dificultades a la hora de proclamar a Cristo. Sin embargo, nos encontramos ya en un mundo poscristiano.

¿A qué me refiero con “poscristiano”? La evangelización eficaz de la Iglesia primitiva durante la época apostólica hizo florecer una cultura, conocida como “cristiandad”, que se había construido sobre ideas y principios cristianos. Aunque la cristiandad no siempre fue la expresión perfecta de esos ideales, fue una época que estaba basada en ellos, al menos en principio, y en la que se procuraba practicarlos. Esta se caracterizaba por un surgimiento del arte, la ciencia, las universidades, los sistemas hospitalarios, de un sinnúmero de servicios sociales, así como del establecimiento de sociedades pacíficas basadas en el respeto a la ley, en una Europa que había sido de origen bárbaro y pagano: todo para la gloria de Dios.

Un impulso de secularización que ha tenido altibajos en los últimos siglos ha puesto fin a la cristiandad. Monseñor Fulton Sheen ya lo había expresado claramente en 1974, diciendo: *“Estamos al final de la cristiandad. No del cristianismo ni de la Iglesia. La cristiandad es una vida económica, política y social inspirada en los principios cristianos. Esto está a punto de concluir, y, debido a que vivimos esta situación día a día, no percibimos su declive”*. Podemos constatarlo en las iglesias vacías de Europa, antiguo baluarte del cristianismo, y en el número creciente de jóvenes en Estados Unidos que se consideran “no afiliados” a ninguna religión.

Llamados a la esperanza

Pero, además del desplome de la asistencia a la iglesia a medida que la gente se olvida de Dios, percibimos otro desplome generalizado de la esperanza. Este hecho es lo que constatamos hoy día. En palabras del Papa emérito Benedicto XVI: “*Se está expandiendo el desierto espiritual: un vacío interior, un miedo indefinible, un larvado sentido de desesperación*”.² Quizá lo más inquietante es un aumento de la violencia, la cual surge de una profunda inquietud y de la muerte de la caridad sobrenatural en muchas almas. Cito nuevamente al Papa emérito, entonces Cardenal Ratzinger: “*La pobreza más profunda es la incapacidad de alegrarse, [...] (la cual) supone y produce la incapacidad de amar, produce la envidia, la avaricia... todos los vicios que arruinan la vida de las personas y del mundo*”.³ A la pérdida de Dios sigue la pérdida del propósito y del sentido de la vida. ¿Cómo pueden la esperanza y el amor enraizarse y prosperar en un panorama tan árido como este?

Podemos vernos tentados de anhelar un tiempo más tranquilo, una época que fuera más favorable a las prácticas cristianas, pero Dios no te eligió ni a ti ni a mí para aquellos tiempos. Nos encontramos en una época apostólica que exige un testimonio gozoso ante los desafíos que se nos plantean. Él, por alguna razón, nos eligió para este momento y quiere que afrontemos con alegría los obstáculos y las oportunidades particulares de nuestro tiempo por el bien del Evangelio. Dios está llamando a su Iglesia a misionar.

Nuestro momento apostólico

¿Cómo podemos nosotros, como Iglesia, responder a este “cambio de época”? Responderemos como la Iglesia siempre lo ha hecho: predicando el Evangelio. A imitación de la Iglesia primitiva, nosotros debemos capacitarnos para proclamar de manera convincente a Jesucristo con la libertad que nos obtuvo ante las consecuencias del pecado.

Podemos dar fruto a través del encuentro personal con Jesús, el arrepentimiento y la conversión a él. Es él quien nos enseña lo que en verdad significa ser plenamente hombres; solo él puede enseñarnos a encontrar, en este tiempo crucial, la plenitud de vida que todos anhelamos.

Jesús nos llama a ser audaces a la hora de enfrentar las corrientes del mundo que se oponen al Evangelio y, aún más, a la hora de amar a los demás, invitándolos a ser partícipes de esa alegría plena que solo se encuentra en su Iglesia. Es un gran desafío y exigirá una mayor conversión de cada católico e institución de la Arquidiócesis de Denver. Aun así, considero que esto es lo que Dios nos llama a hacer, y ha prometido proveer de todo lo necesario para realizarlo. Con su gracia, seremos los precursores de una nueva y fecunda época misionera de la Iglesia.

¿Cómo podemos empezar? Considero que la tarea que nos espera como arquidiócesis durante esta cuaresma consiste en pedirle al Señor que haga de nosotros unos verdaderos apóstoles. Para ello, quiero invitarlos a realizar tres tareas importantes que servirán de guía durante nuestra preparación para la celebración del Domingo de Resurrección.



Invitación #1

Redescubrir el mensaje central del Evangelio

En primer lugar, los invito a descubrir o redescubrir el mensaje central del Evangelio. La historia salvífica de un Dios que creó por amor y luego envió a su Hijo para recuperar este mundo, cuando el mundo se había alejado de él, es la razón que anima todo lo que hacemos como Iglesia. El mensaje fundamental del Evangelio afianza nuestra identidad como hijos amados del Padre y nos impulsa a aceptar el doble llamado a la santidad y a la misión.

Nuestra respuesta a este anuncio es capaz de reavivar nuestra fe y darle significado y razón de ser a nuestra vida. Si nos arraigamos en estas verdades fundamentales y eternas, podremos afrontar el tumulto del presente, sin importar las dificultades que hayamos de afrontar. Así podremos proclamar la Buena Nueva a un mundo agotado y exhausto.

Los animo, por lo tanto, a leer los cuatro Evangelios durante esta cuaresma: así permitiremos que la historia bíblica vuelva a calar hondo en nosotros y podremos renovar nuestro encuentro con Jesucristo. Igualmente, los invito a participar en nuestra iniciativa cuaresmal arquidiocesana, basada en la serie “La Búsqueda” del *Augustine Institute* y Chris Stefanick, para poder descubrir nuevamente este mensaje por medio de conversaciones en grupos pequeños.

Sé que las parroquias encontrarán aún más oportunidades para que esta proclamación de la Buena Nueva resuene en el corazón de sus feligreses, a través de prédicas, retiros y otras iniciativas para anunciar el Evangelio. Los invito a dejar que el Evangelio siga modelando lo que estamos llamados a ser como Iglesia y que Cristo quiere lograr a través de nosotros.



Invitación #2

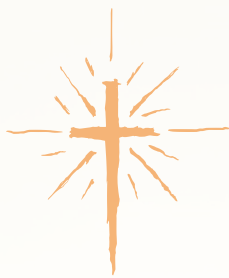
La oración y el ayuno

Mi siguiente invitación es un llamado a la batalla espiritual mediante una práctica más denodada de la oración y el ayuno. Les pido que agreguen la siguiente intención a las oraciones y mortificaciones que estarán realizando durante el tiempo de cuaresma: por una efusión del Espíritu Santo sobre la Arquidiócesis de Denver, para que nuestra Iglesia local se centre audazmente en la misión y se comprometa a la predicación del Evangelio.

Esta ola de intercesión se extenderá por todo el norte de Colorado y ayudará a que los corazones, las mentes, las parroquias, las escuelas y las asociaciones civiles abran sus puertas de par en par a las obras de Dios. Entre otras cosas, esta iniciativa implica:

- Una oración que se leerá en todas las misas desde el Miércoles de Ceniza hasta la Pascua,
- Una novena del rosario de 54 días por una renovación espiritual en la arquidiócesis, que se extenderá del Miércoles de Ceniza al Domingo de la Divina Misericordia (11 de abril).

Les encarezco que sumen su oración y ayuno personales a esta iniciativa; que ofrezcan Horas Santas por nuestro crecimiento en la humildad y en la docilidad a las inspiraciones del Padre, a ejemplo de San José en este año dedicado en su honor. Igualmente, les pido que ayunen para que, en nuestra carencia, seamos una Iglesia que esté hambrienta del amor del Padre; para que tengamos un encuentro más profundo con Jesucristo, especialmente en la Eucaristía; y para que estemos disponibles a llenarnos del fuego del Espíritu Santo.



Invitación #3

Formación de la conciencia

Finalmente, los invito a esforzarse por formar su conciencia. En medio del desorden de nuestra época, debemos afianzarnos en las verdades de la fe, puesto que así evitaremos ser arrastrados por los vientos impetuosos que asolan a la sociedad y a la Iglesia. Cada uno de nosotros debe tomar muy en serio este compromiso. Hemos de preguntarnos: ¿qué voz escucho?, ¿es la voz de Jesucristo?, ¿someto mis pensamientos, palabras, acciones y toda mi vida a Jesucristo y al Padre? Se requiere discernimiento para saber responder correctamente a la situación actual dentro de nuestro círculo de influencia, bien anclados en el Evangelio.

Es cierto que nos rodean miles de voces. Oímos la voz del mundo, así como la de los sacerdotes y obispos, los laicos, los secularistas e incluso la del Diablo. Por ello, hemos de estar atentos a qué voces escuchar para que den sentido a nuestro tiempo y corazón. El Diablo, cuyo nombre en hebreo (*Satan*) significa adversario, quiere sembrar división, duda y animosidad por medio de la acusación. No podemos permitir que nuestra mente y corazón se llenen de amargura e ira, de lo contrario, podríamos convertirnos en personas que quieren hacer daño a los demás con su ira y sus palabras. Con la ayuda del Espíritu Santo, debemos examinar cada voz, confrontándola con las palabras de Jesucristo que descubrimos en la Sagrada Escritura y la Tradición Apostólica. Debemos examinar nuestros propios motivos a la hora de hablar, para asegurarnos de que nuestra voz esté en consonancia con la voz de Cristo.

Si bien debemos proclamar la verdad y no rehuir los conflictos, conviene tener presente que existe una forma cristiana de dirigirse a las personas que no están de acuerdo con nosotros. Busquemos

siempre el bien de toda persona con que nos encontremos y así acercarnos a ellos con caridad de corazón. Las palabras inconsideradas contra otros no pueden ser obra del Espíritu Santo. Debemos preguntarnos qué es lo que en realidad está formando nuestra mente y corazón: ¿acaso son los programas de entretenimiento, los foros de discusión, las redes sociales... o es el Evangelio? Es preciso recordar las palabras de San Pablo a los romanos: *“Tengan cuidado de esa gente que va provocando divisiones y dificultades, saliéndose de la doctrina que han aprendido. Aléjense de ellos. Esas personas no sirven a Cristo, nuestro Señor, sino a sus propios estómagos, engañando a los ingenuos con palabras bonitas y piadosas”* (Ro 16:17-18).

Siento el deber apremiante de recordarles que Jesucristo nos llama, como Iglesia, a una unidad sobrenatural que supera lo que el mundo puede ofrecer. Por supuesto, siempre debemos defender la verdad y la dignidad de la persona, pero haciéndolo de tal manera que nuestro testimonio del amor de Dios no se vuelva irrelevante. Hemos de cuidar el no causar división entre nosotros, sino sobrellevar con paciencia las tribulaciones ocasionadas por tales divisiones. Esforcémonos por seguir siendo fieles a Cristo y al depósito de la fe que encontramos en la Iglesia, sin dejar de vivir la caridad para con el prójimo y también para con nuestros enemigos.

Conclusión

Aunque estas tres invitaciones pueden parecer demasiado simples, en realidad, cada una de ellas puede ser de gran ayuda para la conversión a la que estamos llamados: la invitación a encontrarnos de nuevo con Jesucristo mediante la escucha del mensaje central del Evangelio, a orar y ayunar por nuestra arquidiócesis y a formar nuestra conciencia. Agradezco su disponibilidad para poner en práctica cada una de ellas. A lo largo de los próximos años, publicaré periódicamente mensajes pastorales como este para compartir con ustedes mi oración y aquello que está en mi corazón, como su hermano en Cristo.

Desde la visita del Papa San Juan Pablo II a Denver con ocasión de la Jornada Mundial de la Juventud, nuestra arquidiócesis se ha dado a conocer como un referente de la Nueva Evangelización en Estados Unidos. Recordemos las palabras de Cristo: *“Al que se la ha dado mucho, se le exigirá mucho; y cuanto más se la haya confiado, tanto más se le pedirá cuentas”* (Lc 12, 48). Conservemos viva la memoria de esa visita a nuestra arquidiócesis.

Les pido que en esta cuaresma nos unamos en oración para que el fuego del amor de Jesucristo siga ardiendo en nuestros corazones. ¡Que él siga siendo nuestro primer amor!

Dios los bendiga en este tiempo cuaresmal,



Monseñor Samuel J. Aquila
Arzobispo de Denver

Notas finales

- 1 Papa Francisco, Encuentro con el episcopado brasileño, 28 de julio de 2013.
- 2 Papa emérito Benedicto XVI, Celebración eucarística para la XXIII Jornada Mundial de la Juventud, 20 de julio de 2008.
- 3 Cardenal Joseph Ratzinger, “La nueva evangelización”, conferencia durante el jubileo de los catequistas y profesores de religión, 10 de diciembre de 2000.